

LA GORRA Y EL TAPADO ROJOS

Anita miró su viejo tapado castaño. Se lo puso y se paró delante del espejo. Sí, le quedaba más corto que el año pasado y un poco estrecho. También estaba roto en algunos lugares.

¡Cuánto deseaba Anita tener un tapado nuevo! Su madre le había prometido hacerle un bonito tapado rojo, pero había estado tan ocupada cosiendo para otra gente, que no había tenido tiempo para hacer el tapado de Anita.

Cierto día, la buena madre empezó a coser el nuevo tapado de la niña. ¡Qué contenta estaba Anita al ver cómo su tapadito iba tomando forma! ¡Y también iba a tener una gorra que hiciera juego! Anita ayudaba en el trabajo de la casa con todas sus fuerzas para que su madre tuviera más tiempo para coser.

Por fin el hermoso tapado y la gorra estuvieron terminados. Al dirigirse a la escuela sabática estrenando el hermoso conjunto, Anita se consideró la niña más feliz del mundo. Pero ocurrió algo en la escuela sabática que cambió todas las cosas.

A la hora del almuerzo, Anita se lo contó a su madre. “Mamá —le dijo—, mi maestra leyó en la Biblia que si alguien tenía dos capas debía dar una. Yo quiero dar uno de mis tapados a la pobre María, porque ella tenía mucho frío hoy con su saquito liviano”.

La madre quería que su hijita fuera siempre generosa. Así que estuvo de acuerdo, aunque opinaba que Anita necesitaba los dos tapados.

“Como quieras, Anita” le dijo. “Supongo que puedes darle tu tapadito castaño, ahora que tienes el nuevo”.

La niñita contestó: “Mamá, la maestra dijo que cuando damos cosas a los pobres, es como si se las diéramos a Jesús. Yo no quisiera darle mi viejo tapado a Jesús”.

“Es verdad —contestó la madre lentamente—, pero pasará mucho tiempo antes de que pueda hacerte otro, Anita”.

La niñita pensó en su viejo tapado, ya muy gastado. ¿Por cuánto tiempo podría seguir usándolo? Luego pensó en su flamante tapado y en su gorra, y en lo contenta que estaba de tenerlos.

Fue muy difícil para Anita decidirse. Hasta que se acordó que lo estaba dando a Jesús. Entonces exclamó: “Yo sé lo que voy a hacer, mamá. Mi tapado castaño me servirá un tiempo más. Le daré a la pobre María mi tapado rojo y la gorra”. A la mamá le dio pena desprenderse del nuevo tapadito y la gorra, pero abrazó a Anita contra su corazón. Se sentía feliz de tener una hijita tan generosa.